

EDITORIAL

El libro que el lector tiene en sus manos recoge lo esencial del trabajo llevado a cabo en un seminario sobre **La perifерización del Mediterráneo occidental** habido en Murcia entre el **14** y el **16** de mayo de **1984**. No es extraño que tal titulación haga surgir en su mente la pregunta del porqué de una reunión científica sobre un tema **eufónica-**mente tan poco grato y qué relación puede tener todo ello con la historia de Murcia. En esta introducción vamos a responder a ambos interrogantes y a intentar resumir lo más importante de la reflexión conjunta generada a lo largo de tres jornadas de intenso debate.

Desde el punto de vista metodológico, nuestro objetivo inmediato fue verificar una reunión de historiadores —**llámesele** simposio, seminario o coloquio— que tuviera como eje central la discusión sobre un problema a la vez teórico y práctico. Tal planteamiento concretaba un viejo deseo: el cultivar en grupo la dimensión más noble del oficio de historiador, consistente en **pensar** los procesos históricos y encontrar la lógica que les es específica. En medio del empirismo que nos abrumba, esta **escapada** hacia un programa de trabajo cuyo núcleo central era la consideración de la Historia como problema no dejaba de ser sugestiva. Lo era, asimismo, la inclusión de una serie de análisis sobre la utilidad de determinados conceptos en la investigación cotidiana (**¿por** qué no, siempre que no se conviertan en marcos rígidos o en tautologías?).

Es obvio que, en estas condiciones, la finalidad del seminario debía ser eminentemente didáctica tanto en su organización como en el tema elegido. Por ello, las sesiones estuvieron abiertas a los alumnos de las facultades de Ciencias Económicas y de Historia, **así** como a aquellos de sus profesores que estaban interesados en la problemática suscitada.

Por la misma razón, se optó por reducir y seleccionar el número de participantes, con el fin de evitar la dispersión de tiempo y energías que suelen producirse en los congresos multitudinarios, resueltos casi siempre en una suma de monografías heterogéneas de imposible resumen. La selección se **llevó** a cabo procurando que dichos participantes procediesen de una base regional lo más amplia posible, dentro del **área** elegida. Dificultades de última hora impidieron la presencia de representantes de Andalucía y Baleares, así como las de las grandes ciudades de la orilla norte del Mediterráneo (Génova, Marsella), excepto Barcelona: ello pudo compensarse gracias al profundo conocimiento que algunos de los profesores in-

8

vitados tenían sobre estas economías. Y, por último, se contó con estudiosos de regiones extramediterráneas, aunque también periféricas (País Vasco, Polonia), con el fin de conseguir el necesario contrapunto que proporciona la historia comparada.

Desde el punto de vista ideológico intentamos otro tanto: han acudido historiadores partidarios de las tesis de Wallerstein, otros claramente contrarios y algunos simplemente utilizadores prudentes de las **herramientas** conceptuales construidas por aquél. Incluso gentes no interesadas directamente y con una línea de investigación distinta, pero dispuestas a debatir el tema. Vaya por delante que ninguno de ellos se acantonó en posiciones tajantes y tanto los **pro** como los **contra** matizaron sus afirmaciones y estuvieron dispuestos al diálogo.

Respecto al tema, su elección se produjo en función de ciertos problemas que han ido surgiendo a medida que se conoce mejor la historia de Murcia. Uno de ellos, con el que ha tropezado de forma permanente nuestra propia investigación, es el de la dependencia. En este sentido, el amplio debate existente en los seminarios de los principales centros universitarios sobre las tesis de I. Wallerstein y F. Braudel nos sugirió la posibilidad de una **reflexión** conjunta sobre el bloque conceptual planteado por ambos autores. En particular, las ideas de sistema-mundo, periferización y relaciones de dependencia ¿no podían ayudar a definir con más precisión la problemática histórico-regional?

Por último, una vez decidido el tema, hubo que insertarlo en unas coordenadas espacio-tiempo precisas. En cuanto al primero, elegimos como núcleo de referencia un contexto relativamente reducido a escala del **sistema-mundo**: el Mediterráneo occidental (área en la que se inscribe la **región** murciana), bien delimitado **geográficamente**, aunque lo suficientemente complejo y articulado para permitir la aplicación contrastada de los conceptos propuestos. Y en cuanto al segundo, apostamos decididamente por la larga **duración**: el arco temporal fijado abarca desde los siglos XI-XII (con el fin de buscar las raíces medievales de los problemas debatidos) hasta el XIX. El límite —flexible— impuesto fue, desde el punto de vista económico, el impacto de la **gran depresión** finisecular, y desde el económico-político, la colonización europea, que aparece en algunas comunicaciones aunque sin insistir demasiado.

Explicitadas, pues, la fórmula y el programa adoptados, parece llegado el momento de profundizar algo más en lo que implica y lleva consigo el concepto de **periferi-**

zación, así como sus debilidades. Recientemente, el economista O'Brien² calificaba de «provocativa» esta interpretación y la consideraba como «una escuela del desarrollo», en línea directa con el pensamiento de Gunder Frank y Samir Amín³.

Muy sucintamente, la teoría de Wallerstein podría resumirse como sigue. En primer lugar, se considera como período crítico el comprendido entre 1450 y 1750; a partir de él habrían surgido las distintas pautas de crecimiento **económico**. Además, durante estos tres siglos tuvo lugar la emergencia y consolidación de una «**European World Economy based upon the capitalist mode of production**»⁴. El agente constitutivo del nuevo sistema mundial fue la expansión del comercio, que creó las bases para el desarrollo-subdesarrollo de los siglos XIX y XX; su evolución se realizó según un doble ciclo de distinto signo: crecimiento entre 1450-1600 y estancamiento desde esta última fecha hasta 1750.

De este modo, el retraso relativo de Asia, Africa, Latinoamérica y Europa oriental, que empezaba a hacerse visible hacia 1800, se habría originado en la era mercantil, cuando Europa occidental consiguió cambiar en su favor los términos y las condiciones del comercio exterior. Gracias al despliegue del poder militar y a una organización estatal superior, los europeos saquearon y colonizaron diversos territorios de los demás continentes y redujeron sus economías a la condición de dependientes. A la vez, introdujeron o animaron las formas de trabajo no libre (esclavitud, servidumbre, peonaje) en la **periferia** y en la **semiperiferia**, con lo cual los salarios no superaban el nivel de subsistencia y el coste de los productos de exportación se mantenía bajo.

A lo largo de los tres siglos en cuestión cristalizó un modelo de relaciones comerciales caracterizado por la asimetría. La periferia cambiaba productos primarios y riquezas minerales por manufacturas o alimentos de alta calidad producidos en el **centro**. Esta **división internacional del trabajo** reposaba, pues, en el intercambio desigual. Por otra parte, ambos **patterns** de especialización impulsaban a las economías de Europa occidental hacia la industrialización y a niveles de vida cada vez más altos, mientras que las economías de periferia se orientaban hacia la **producción** primaria, el monocultivo y niveles de renta **per capita** cada vez más bajos.

Tal es, sumariamente expuesto, el meollo de las teorías de Wallerstein, cuyas deudas con los trabajos de Frank, Samir Amín o A. Emmanuel son evidentes. También pueden considerarse hitos fundamentales del **con-**

cepto de **World-System, a priori**, los trabajos de Chaunu sobre el **désenclavement** del mundo⁵, y, a **posteriori**, la gran **Summa** de Braudel sobre **Civilisation matérielle, économie et capitalisme**⁶. En el debate introductorio al coloquio, M. Aymard destacaba que la idea fundamental que **subyacía** a esta concepción global era la **consideración** de que el espacio no es una variable neutra. La historia se inscribe no sólo en el tiempo sino también en el contexto físico, por lo que todo estudio de conjunto debería explicar las posiciones relativas de los diversos países en el interior del **sistema**. Tal vez esta sólida **impostación** geográfica constituya el aspecto más positivo de la tesis que analizamos.

Es obvio que el indicado **désenclavement**, producido a fines del XV y comienzos del XVI, abrió el camino a una serie de mutaciones en la jerarquía espacial interna de Europa, según el grado de desarrollo de las diferentes regiones y el lugar — dominante o subordinado — que ocuparon en el sistema económico que estaba formándose. Pero estas mutaciones se realizaron con lentitud y, además, se apoyaron sobre desigualdades más antiguas, cuya presencia se percibe, por lo menos, desde los siglos XI-XII: alrededor del llamado eje lotaringio se ordenaba ya entonces la Europa densa (llanura del Po, cuenca de París, valle del Rin, cuenca de Londres), y después venía la Europa nebulosa de los confines (Escocia, Polonia, Castilla, Sur de Italia...).

Con el desarrollo económico del centro y el acrecentamiento de los cambios, la Europa de las marcas se convierte en una Europa periférica. Sobre el sentido y las consecuencias del proceso sobre el que estamos bien informados para lo concerniente a Europa centro oriental; los otros márgenes, tanto el atlántico como el mediterráneo, siguen mal integrados en los esquemas de conjunto. Y, sin embargo, existen numerosas monografías, publicadas o en vías de realización. Por ello, este coloquio se propuso ordenar el **stock** de conocimientos acumulados alrededor de la problemática de la **periferización** en lo referente al segundo de los márgenes citados. Se trata, como es **lógico**, de estudiar los lazos económicos, políticos, militares y culturales entre el centro europeo y esta **[semi]periferia** sur, así como la evolución de su naturaleza y de su impacto en las regiones concernidas.

Por otra parte, desde la publicación de la Historia de España de Pierre Vilar y, más recientemente, a través de las reflexiones de Bennassar⁷, se ha hecho hincapié en la existencia dentro de España de un centro y unas periferias, generadas por el largo proceso reconquistador. Este

avanzó, como es bien sabido, de norte a sur, lo cual, **añadido** al terrible impacto de la crisis del siglo XIV en **Cataluña**, explica que durante el XV y XVI fuera Castilla la Vieja el centro demográfico, económico y político de la monarquía. Las primeras resistencias a esta situación no aparecen hasta el XVII, a partir del cual se produjo una evolución divergente en los planos económicos y políticos. Respecto al primero, va a tener lugar un fenómeno de reequilibrio caracterizado por la debilitación progresiva del interior (la Meseta) y el auge paralelo de ciertas periferias. Por el contrario, respecto al segundo, se produce una clara tendencia hacia la centralización — desde Castilla, por supuesto —, iniciada por los Borbones, continuada por los gobiernos liberales del XIX y concluida por el franquismo. Por tanto, las regiones **periféricas** sólo serán reconocidas desde el punto de vista **geográfico-folklórico**: la Historia de España ha evolucionado en este sentido entre el tópico y la **represión**. **¿Cómo** ajustar, pues, esta situación a la jerarquización espacial de Europa? La dificultad se agravará precisamente en el XIX, con el protagonismo económico de los estados-nación y la formación de los mercados nacionales.

Hace ya tiempo escribimos⁹ que en nuestro país sólo se han definido culturalmente el centro conquistador y las periferias turbulentas opuestas a él (País Vasco, Cataluña, Valencia...). Pero en la mitad sur, situada por debajo del Sistema Central, las diversas regiones han necesitado de más tiempo y esfuerzos para encontrar su identidad, precisamente por el origen militar de su incorporación y por el tratamiento semicolonial recibido posteriormente en numerosos aspectos (inversiones en infraestructura, política cultural, juicios peyorativos...). Si se quiere evitar la **resurrección** de tópicos manidos o el nacimiento de **chauvinismos** fuera de lugar en la España de las autonomías, es necesario que los especialistas de las diferentes ciencias sociales realicen conjuntamente el **reconocimiento de las diferencias**. Es decir, la búsqueda de la especificidad de las unidades regionales que integran esta mitad sur, entre las que se encuentra Murcia.

Hemos anticipado que al estudiar la historia de nuestra región en los períodos moderno y contemporáneo **aparecen** de forma reiterada situaciones de **periferización** de uno u otro **caño**. Este es el momento de recordar, a vuelapluma, el papel de frontera militar desempeñado por el reino de Murcia en la Baja Edad Media y su especialización en la exportación de productos primarios (seda, lana, barrilla, plomo) entre los siglos XVI y XIX, así como la masiva emigración de mano de obra sin cualificar en el XX. Lo que ha cambiado, naturalmente, son las

10 formas de periferización y, sobre todo, su intensidad: a períodos en los que se agudiza la dependencia suceden otros en que se relaja, como, por ejemplo, en el siglo XVIII, debido a la colonización agrícola de la región. Pero el desarrollo económico de la década **1960-1970** ha demostrado que la dependencia en cuestión no es un destino: Murcia se ha separado gracias a él del pelotón formado por Andalucía, **Sicilia** y los países de la orilla sur del Mediterráneo.

No hace falta ir más allá en las consideraciones históricas sobre el triple nivel europeo, español y regional para entender nuestro interés por los conceptos **wallersteinianos**, avivado por contactos y discusiones con el profesor Aymard y el propio Wallerstein. Pero el interés no es sinónimo de adhesión incondicional y mucho menos de ausencia de críticas. Estas han surgido a la vez de nuestra investigación empírica sobre la región y de nuestras opciones teóricas, que en los esquemas explicativos dejan un amplio margen a los factores sociales, y, por ende, a las transformaciones internas.

Es innegable que nos encontramos ante una síntesis vasta y atrevida que, como todas las que reúnen estas características, resulta a la vez fecunda e irritante, por no decir valerosa, ya que suele convertirse en pararrayos que atrae todas las críticas. Por otra parte, la obra de **Wallerstein**, se esté o no de acuerdo con ella, produce el gozo intelectual que acompaña a todo intento de interpretación global. Siempre que tiene lugar alguno de estos intentos —como sucede, por ejemplo, con P. Anderson—, contribuye a **relanzar** y motivar la investigación. A otro nivel, ya se ha apuntado que la idea de una articulación y jerarquización de los espacios es fructuosa siempre que no se utilice como un modelo prefabricado en los casos más diversos. Pero todo ello no obsta para que, cuando se intenta aplicar el modelo wallersteiniano al estudio de un caso concreto, surjan con fuerza una serie de objeciones, como ha sucedido a lo largo de los debates de este seminario. Tales objeciones podríamos agruparlas en tres bloques:

1. Como se ha señalado, los puntos fundamentales del esquema de Wallerstein proceden de la **extrapolación de una problemática y unos instrumentos de análisis contemporáneos**; los riesgos de anacronismo saltan a la vista. Por ejemplo, tanto para G. Frank como para Samir Amín los conceptos de centro y periferia no se pueden desligar de la transferencia de valor de las zonas subdesarrolladas a las desarrolladas, por mediación del intercambio desigual. Pero este último no aparece antes del XIX, ya que frecuentemente los **terms of trade** favore-

cían a los países productores de materias primas y alimentos en el antiguo régimen económico.

La propia idea de sistema —no olvidemos que **Wallerstein** es sociólogo— sacada del utillaje funcionalista contamina el esquema conjunto de su carácter estático y complica la comprensión de los fenómenos de cambio. El funcionalismo sufre de una radical dificultad para explicar estos últimos, en parte por considerar a la mayor parte de ellos como disfuncionales para el sistema, **globalmente** hablando, y en parte porque el motor de las transformaciones se coloca en el exterior de aquél. Así, aunque nuestro autor pretende reunir en la explicación de la evolución económica los factores internos (forma asumida por la fuerza de trabajo) y externos (el comercio), de hecho en el modelo se privilegian las relaciones comerciales: se tiene la impresión de que todo intercambio desigual genera inmediatamente una situación de dependencia. Y, sin embargo, en la mayor parte de los casos la desigualdad es anterior al propio establecimiento de los cambios; para determinados territorios, como dice Topolski, es posible que existiera ya desde el Neolítico. Por supuesto, la existencia de un tráfico asimétrico profundiza las diferencias, pero no las crea. El fenómeno es particularmente visible en el período contemporáneo, durante el cual el capitalismo, al recibir herencias históricas muy diversas, produjo evoluciones muy diversas también, tanto en sus caracteres como en su ritmo y cronología.

Este descuido de los factores endógenos da lugar, por otra parte, a que el esquema resulte más descriptivo que explicativo. Por ejemplo, se enumeran las **migraciones** de centros y periferias pero no se interpretan. En realidad, tales migraciones, así como los diversos procesos de recuperación o desclasamiento que las generan, no tienen sentido sino a la luz de análisis que privilegien el tipo de factores indicado. El caso de Polonia en los siglos XVI y XVII o el de Murcia en el siglo XIX resultan bastante clarificadores al respecto.

2. El sistema construido es demasiado genérico desde el punto de vista lógico y demasiado vasto desde el **geohistórico**. La excesiva globalidad no tiene otra fuente que el carácter abrupto y lineal de la oposición entre centro y periferia, que en numerosas ocasiones ha dado lugar a aplicaciones pedestres o superficiales que no significan nada. En realidad, todo centro irradia su propia organización sectorial e intenta organizar el espacio circundante en su provecho, pero, a la vez, está subordinado a otros. De esta manera, se constata una superposición (municipal - comarcal - nacional), culminada por las **me-**

trópolis en el World-System y por las grandes potencias en el mundo actual. Resulta obvio que una formulación de este tipo se queda muy externa a la realidad de cada área geográfica, por lo que para utilizarla en un momento histórico concreto requiere un importante esfuerzo de adaptación.

Desde el punto de vista geohistórico, el modelo es más válido para el centro y las periferias externas (América Latina colonial) que para las inmensas zonas que se extienden entre las dos. De ahí el uso del concepto de **semiperiferias**, criticado repetidamente en el seminario por su carácter nebuloso, poco preciso. Wallerstein y sus discípulos trabajan hoy en su definición desde el Centro Fernand Braudel. Las situaciones en el interior de estas áreas [semi] dominadas pueden comportar una gran diversidad.

3. Pero el problema más grave que lleva aparejado el uso de este esquema es la identificación del capitalismo mercantil con el capitalismo tout court y, por ende, el retroceso de su implantación hasta el siglo XVI. Para **Wallerstein** el nuevo sistema económico fue la respuesta de las clases dominantes europeas al desequilibrio generado en el sistema feudal a raíz de la crisis de los siglos XIV-XV, que había provocado cierta redistribución del excedente en beneficio de los campesinos. Con el fin de salir de la crisis, dichas clases provocaron un cambio drástico que dio lugar al nacimiento del capitalismo, amparado y potenciado por el Estado absoluto.

Braudel, en el libro anteriormente citado, suscribe esta interpretación de Wallerstein y hace el mismo uso que él del término capitalismo: le vemos aplicarlo a la **Venecia** del siglo XV. No cabe duda que ambos historiadores son partidarios de la ampliación del concepto más allá de los límites de la economía de gran producción industrial y del establecimiento de unas relaciones de producción capitalistas, seguramente porque en sus esquemas privilegian la circulación sobre la producción. Morineau⁹, que no es precisamente marxista, utiliza una larga cita de P. **Vilar** que vale la pena repetir al analizar este esquema: «Es preciso evitar el término capitalismo siempre que no nos refiramos a la sociedad contemporánea, durante la cual la producción masiva de mercancías reposa en la explotación del trabajo asalariado de los no propietarios por los propietarios de medios de producción. En el capitalismo evolucionado todo es mercancía. En este sentido, ¿cómo hablar de él en el siglo XV o incluso en el XVIII francés?»¹⁰

Lo que sucede, y ello salta a la vista, es que al hablar

de capitalismo cada uno piensa en una cosa distinta. De ahí la necesidad, reiterada por el profesor Nouschi, de definir los conceptos que usamos y de ser muy rigurosos en su uso. Me parece que para el autor norteamericano el capitalismo es, simplemente, la acumulación de capital en forma de dinero y su ulterior inversión productiva, es decir, su conversión en factor de producción. Está claro que ese no es el concepto sostenido actualmente ni por los economistas neoclásicos ni por los marxistas. Para los primeros el capitalismo consiste en una economía de empresa cuya base es la libre competencia y cuyo motor fundamental reside en la búsqueda del beneficio. En cuanto a los segundos, **añaden** a esta descripción de elementos evidentes y visibles una concepción global de la economía y de las relaciones sociales. Su definición puede formularse como sigue: el capitalismo es un sistema económico y social de producción en el cual los instrumentos o medios productivos son propiedad privada y la producción tiene un carácter social. Ninguna de las definiciones propuestas conviene al capitalismo mercantil, que es el protagonista del esquema wallersteiniano.

El problema consiste en que durante el período analizado por él (1450-1750) se mantuvieron las relaciones de producción feudales: el estatuto de la propiedad de la tierra siguió caracterizado por la superposición de derechos sobre un mismo bien, y el poder político continuó fragmentado. La propia burguesía mercantil, detentadora del capital de ese origen, contribuyó a reforzar tales relaciones arrendando el cobro de los derechos feudales y comprando tierras, rentas del Estado o cargos públicos. En cuanto al Estado absoluto, su papel no pudo ser más contradictorio. Por un lado, creó un marco institucional mejor definido y más favorable para la vida económica y, a la vez, llevó adelante una política netamente **productivista**, el mercantilismo. Pero, por otro, dejó subsistir — cuando no reforzó — los viejos privilegios, reglamentaciones y barreras que dificultaban la libre circulación de los factores productivos.

La prueba más clara de la fuerza de las estructuras feudales y, a la vez, de su influencia nefasta en la economía es que en todos los países europeos la revolución industrial fue precedida por la burguesa, cuya misión fundamental habría de ser la liquidación de las indicadas estructuras. En términos **neoclásicos**, los derechos de propiedad habían dejado de ser eficientes y el coste de su mantenimiento era demasiado alto, por lo que sobrevino el bloqueo del crecimiento del sistema económico en su conjunto". En términos marxistas, el desarrollo de las fuerzas productivas ha convertido en obsoletas a las **rela-**

12 ciones de producción vigentes, que, en lo sucesivo, se convierten en un obstáculo para dicho desarrollo.

Pero, además, el capitalismo mercantil apenas penetró durante los tres siglos señalados en la esfera de la producción, manteniéndose casi exclusivamente en la de la circulación. Sólo se exceptúan la minoría de **empresarios** de la protoindustrialización, que **raramente** eran grandes comerciantes. Hoy se sabe, además, que la financiación de la revolución industrial inglesa —y mucho menos de la francesa— no se produjo por medio del capital mercantil acumulado en siglos anteriores. **O'Brien**, en el artículo citado inicialmente, intenta cuantificar y demostrar el pequeño porcentaje que supuso en dicho proceso de acumulación **la contribución de la periferia**, es decir, el comercio llevado a cabo por los países del centro con ella.

En cambio, el papel fundamental del **capital** —no del capitalismo— mercantil sería la creación de un mercado mundial: el comercio a larga distancia es el paso obligatorio para llegar a un plano superior del beneficio. Por otra parte, a lo largo del XVIII —y de ello han tratado diversas comunicaciones— se reorganiza la estructura de los cambios. Poco a poco las colonias dejan de ser proveedoras de metales preciosos y productos de lujo y se convierten en mercado de las manufacturas modernas y en centros de agricultura de plantación (té, algodón, caña de azúcar, tabaco...); la trata de esclavos y el **triangular trade** constituyen las manifestaciones más fructuosas y conocidas de la nueva situación. Pero el fenómeno es tardío, y, como se ha dicho ya, los capitales acumulados no serán invertidos en el **take-off** industrial inmediatamente posterior.

Para concluir, parece necesario destacar las principales ideas que han salido a la luz en las sucesivas sesiones del coloquio, ideas que podríamos comparar al **poso** dejado por la reflexión conjunta y los debates:

Primera. Pese a las numerosas críticas suscitadas por el concepto de periferización y sus aplicaciones a los **casos** regionales concretos del Mediterráneo occidental, no se ha operado un rechazo neto. La situación podría resumirse en un sí condicionado, no tanto por la vertiente descriptiva del esquema cuanto por la explicativa, que la mayoría de los participantes han encontrado insuficiente. Asimismo, se ha insistido en la diversidad de situaciones, tanto en el tiempo como en el espacio, por lo que la faceta más importante del debate metodológico podría ser la aplicación de la **teoría** a cada caso concreto y no las elucubraciones globales.

Segunda. Tal vez el punto más debatido ha sido la mayor o menor importancia de los factores internos —tanto sociales como políticos— y de su evolución en el tiempo. Por ello, una de las ideas que ha quedado más clara es la referente a que las relaciones centro-periferia se articulan sobre las desigualdades previas existentes. Naturalmente, se reconoce que si dichas relaciones son asimétricas han de profundizar forzosamente las diferencias e influir en el desarrollo posterior del sistema social: ello ya ha sido **señalado** anteriormente.

Hay momentos en los que aparece muy netamente esta influencia de los factores políticos. Por ejemplo, entre los siglos XI-XIII, cuando se produce la conquista de Sicilia, primero por los normandos y luego por los **Hohensaufen**, y la reconquista de la mitad sur de la Península Ibérica. O en el XVI, cuando la mayor parte del Mediterráneo occidental queda incluida en la monarquía de los Habsburgo. O, por último, en el XIX, cuando a partir de 1830 Francia comienza a intervenir en el Maghreb. En todos estos casos la conquista militar fue decisiva para la periferización posterior.

Tercera. No debemos olvidar que nuestra reflexión se ha situado en el tipo de espacio menos definido en la obra de Wallerstein, más preocupado por el centro y las periferias extremas (el Caribe, Polonia...). De ahí la necesidad de especificar las principales conclusiones deducidas tras el intento de aplicar el modelo a las diversas áreas geográficas a lo largo del arco temporal elegido.

Respecto a los medievalistas, han destacado la trascendencia del cambio de situación generado en el Mediterráneo occidental entre los siglos XI y XIII debido a la conquista cristiana. En su virtud, la orilla sur perdió el antiguo predominio político, económico y cultural en beneficio de la norte. A partir de ahora la actividad militar se hace más importante: la frontera meridional de Europa se extiende desde Gibraltar hasta Malta. Todo ello ayudará a reforzar el dominio económico de las metrópolis de la orilla norte (Barcelona, Marsella, Génova). En este contexto, el reino de Murcia constituye un arquetipo de la evolución descrita: entre los siglos XIII y XV se convierte en una marca fronteriza y casi despoblada.

Tras el análisis del fenómeno de frontera, la cuestión más debatida ha sido la importación de las estructuras feudales por las potencias cristianas continentales. El tema era demasiado complejo para hacer otra cosa fuera de una reflexión en torno a los rasgos originales del feudalismo mediterráneo.

La participación de los modernistas resultó, como era de esperar, la más nutrida, y, en consecuencia, la más dispersa. Resumiendo las ideas principales, podríamos decir que para el siglo XVI el acuerdo fue general sobre la importancia del desarrollo económico de los países del centro, que se reorganizan e incrementan su demanda y su presión militar y cultural. Políticamente, el hecho más visible es el control de la mayor parte del **área** estudiada por la Monarquía Habsburgo. Y, desde el punto de vista económico, el indicado desarrollo del centro va acompañado de la reducción del extremo sur al papel de proveedor de productos alimenticios y materias primas industriales (textiles en el caso de Murcia) y de mercado de los productos manufacturados. Pese a ello, el espacio marítimo sigue perteneciendo hasta el siglo XVII a los mediterráneos, y el papel dominante es desempeñado por un conjunto de metrópolis urbanas, unas veces aisladas (Barcelona, Marsella) y otras agrupadas constituyendo un verdadero polo económico (el cuadrilátero **Génova-Milán-Venecia-Florenia**).

Por el contrario, hay otros muchos puntos que no han quedado tan clarificados. Entre ellos podríamos enumerar los siguientes:

- La situación del Mediterráneo occidental entre el centro y la periferia de ultramar.
- La influencia de la división internacional del trabajo en las estructuras feudales, implantadas durante la etapa precedente.
- La forma asumida por la yuxtaposición de una serie de sistemas agrarios profundamente diversos que van desde la ganadería nómada hasta la agricultura intensiva.
- La integración de las sociedades marítimas de África del Norte en el conjunto. En este sentido Fontenay nos ha hablado del papel de la piratería, estadio supremo de la periferización.
- Los efectos, después de **1600**, del basculamiento del centro económico europeo hacia el norte sobre los circuitos mediterráneos. También, los de la intervención directa de holandeses e ingleses.

Respecto al siglo XVIII, la forma de aproximación al tema ha seguido una doble vía: el comercio exterior (C. Martínez Shaw, M. Alonso) y el desarrollo de la agricultura comercializada, transformada muy pronto por la adopción de las relaciones de producción capitalistas (P. Ruiz Torres, J. Millán). Unos y otros han llamado la

atención sobre el dinamismo del mundo mediterráneo en la segunda mitad del XVIII, tras un siglo de crecimiento demográfico y de conquista agrícola. El comercio se ha recuperado y, sobre todo, los naturales del área vuelven a participar en **él** (malteses, griegos, provenzales) al lado de los **nórdicos**. A la vez, el sector secundario conoce un nuevo desarrollo: sederías de Valencia, indianas de Cataluña, paños de Alcoy y Sicilia, bonetes de Túnez... A nivel modesto, la coyuntura murciana es igual que la descrita en todos los sectores económicos. No poco ha tenido que ver en este dinamismo general la conciencia del retraso, que determinó a los déspotas ilustrados a adoptar una política de reformas de orientación mercantilista: contrata de técnicos (militares, hidráulicos, industriales), proteccionismo, creación de manufacturas privilegiadas, etc.

Por último, la ruptura que representa el siglo XIX ha sido implícitamente aceptada por todos: la sustitución de las estructuras feudales por los capitalistas constituye un fenómeno mayor que nadie discute. Por ello se han producido numerosas llamadas de atención sobre la alegría con que se intercambian términos de una época a otra —Guichard, Ruiz Torres, Nouschi—. De nuevo, pues, parece llegado el momento de insistir en la necesidad de definir de forma precisa y rigurosa los conceptos que se emplean en el análisis histórico. La lectura de ciertos textos en los que se utilizan de forma indiferenciada epígrafes como capitalismo, industria, industrialización, intercambio desigual, etc., producen una confusa sensación de ambigüedad y falta de rigor. Este tipo de discurso perjudica el propio estatuto de la Historia como ciencia social, sobre todo en la actualidad, cuando se ve obligada a defender su terreno específico frente a otras ciencias sociales muy bien definidas y cuyo discurso no es nada ambiguo, como son la Sociología y la Economía.

A otro nivel, las comunicaciones y debates sobre esta última etapa se centraron particularmente en las nuevas formas de dependencia dentro del sistema capitalista y en la formación de los mercados nacionales. Respecto a las primeras, el fracaso **mediterráneo** es patente a la altura de **1830-1860**: ya no es sólo la orilla sur sino la norte la que acusa el retraso. Las economías de los países ubicados en ambas se convierten en complementarias de las del área industrializada, cuya demanda de alimentos y materias primas no cesa de crecer. El Mediterráneo conserva dentro del sistema capitalista su papel de proveedor de este tipo de productos (como ha mostrado para el plomo G. Chastagnaret), pero la dependencia generada es **dis-**

tinta de la del período anterior y reviste una nueva significación.

En cuanto a los mercados nacionales, la abolición de los obstáculos al comercio interior (fruto de la revolución burguesa) y la homogeneización progresiva de los niveles y movimientos de precios abren la vía a su formación. También contribuye a ello la nueva concepción de las fronteras, que permitió definir más claramente y proteger con más eficacia el propio espacio territorial. Huelga insistir en el importante papel del estado-nación en este sentido: el tema es fundamental y ha suscitado el reciente trabajo colectivo editado por Arrighi¹² cuyo universo de análisis es precisamente éste. La comunicación de Wallerstein y Aymard incluida en dicha compilación intenta definir por vez primera la semiperiferia mediterránea desde un punto de vista eminentemente político, pero conservando una importante vertiente económica. Esta última se caracterizaría por la aparición, en el interior de los respectivos países, de varios tipos de dualismos, tanto a nivel regional como de los diversos sectores económicos. Por otra parte, las relaciones comerciales exteriores presentan dos signos muy distintos, negativo con el centro y positivo con la periferia. Tal situación confiere al Estado numerosas posibilidades de actuación, de ahí que durante los siglos XIX y XX hayan aparecido casos de políticas voluntaristas con el fin de ganar el terreno perdido. El caso de Murcia nos ha servido para ejemplificar la complejidad de las relaciones anudadas entre los mercados nacional e internacional y la influencia ejercida en todo el proceso por la política estatal.

Por último, restan sólo unas palabras para explicar la organización del presente volumen. Dada la extensión de los debates, ha sido imposible publicarlos en su totalidad, aunque se ha procurado respetar lo esencial de la argumentación de los respectivos participantes, limitándonos a resumir su intervención con menos palabras. Ello se ha visto facilitado por la recogida en grabación de todas las sesiones, a fin de proceder, como se ha hecho, a su ulterior difusión.

En cuanto a la articulación general, se ha llevado a cabo sobre una base a la vez cronológica y temática. La primera sesión estuvo dedicada a la definición y debate del concepto de periferización, por lo cual su finalidad fue esencialmente teórica. Pero, además, se expuso un caso de aplicación práctica de esa teoría: el de Sicilia, verificado de forma magistral por H. Bresc y M. Aymard. Las restantes se dividieron en tres grandes ciclos, adaptados a la naturaleza del tema y a su periodización especifi-

ca: economías feudales, feudalismo desarrollado y génesis del capitalismo, cada una seguida de la correspondiente discusión. La última sesión se dedicó al debate general sobre aquellos puntos que despertaron más interés o que suscitaron mayor oposición a lo largo de las jornadas.

Y es el momento de terminar estas páginas esperando que la reflexión conjunta llevada a cabo en el coloquio haya ayudado a todos los que han participado en él —y de paso, a nuestros lectores— a una comprensión mejor y más profunda de los problemas de nuestras respectivas áreas de estudio. De esta manera, la posibilidad de definir el modelo histórico murciano, de difícil ubicación en las categorías historiográficas al uso, se encuentra más cerca. Ello no puede sino satisfacer a cuantos historiadores deseen ver crecer un poco más cada año, no sólo en cantidad sino en calidad, los frutos de nuestra producción histórica y los de nuestra cultura regional.

M.^a Teresa Pérez Picazo

Universidad de Murcia

Guy Lemeunier

C. N. R. S., París.

NOTAS

1. Por ejemplo, el St. Anrony's College de Oxford, el Fernand Braudel Center de Nueva York o la Maison des Sciences de l'Homme de París. También existe una revista consagrada al debate sobre estos temas, *The Review*, publicada por el ya citado Fernand Braudel Center.
2. P. O'BRIEN: «European Economy Development: the contribution of the Periphery». *The Economic History Review*. XXXV, n.º 1, febrero 1982, pág. 1-18.
3. A. G. FRANK: *La acumulación mundial, 1492-1789*. Madrid, Siglo XXI, 1979. S. AMIN: «L'accumulation a l'échelle mondiale». Anthropos, París, 1971.
4. I. WALLERSTEIN: *The Modern World System. I. Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. Academic Press, Nueva York, 1974; *The Modern World System. II. Mercantilism and the consolidation of the European World-Economy, 1600-1750*. Academic Press, Nueva York, 1980; *The capitalist World-Economy*. Cambridge University Press, Cambridge, 1980. (Hay trad. esp. de las dos primeras en Siglo XXI). Ver también «Underdevelopment and Phase-B: Effect of the Seventeenth Century Stagnation on Core and Periphery of the European World Economy». En W. L. GOLD-FRANK (ed.): *The World System of Capitalism*. Beverly Hills, 1979.
5. P. CHAUNU: *La expansión europea del XIII al XV*. Col. Nueva Clío. Barcelona, Labor, 1978.
6. F. BRAUDEL: *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XV^e-XVIII^e siècle*. Armand Colin, París, 1979. Tres vols. (hay trad. esp. en Alianza Editorial).
7. A. A. V. V. *Aux origines du retard économique de l'Espagne, XVI-XIX siècles*. Ed. du C. N. R. S., París, 1983 (hay trad. esp. en Ariel).
8. M. T. PÉREZ PICAZO-G. LEMEUNIER-F. CHACÓN: *Materiales para una historia del Reino de Murcia en los tiempos modernos*. Universidad de Murcia, Murcia, 1980.
9. M. MORINEAU: «Un grand dessein: "Civilisation matérielle. économie et capitalisme (XV^e-XVIII^e siècles)"», de F. Braudel». *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, T. XXVIII, octubre-diciembre 1981, págs. 624-669.
10. P. VILAR: *Sur le Feodalisme*, Centre d'Etudes et de Recherches Marxistes, París, 1971, pág. 37.
11. D. NORTH: *Estructura y cambio en la historia económica*. Alianza, Madrid, 1984. Págs. 27 y sigs.
12. G. ARRIGHI (ed.): *Semiperipheral Development: The Politics of Southern Europe in the Twentieth Century*. Sage Publications, Beverly Hills, 1985.